—Léamela vuesa merced, señor gentilhombre, dijo Teresa, porque aunque yo sé hilar, no sé leer migaja.

—Ni yo tampoco, añadió Sanchica; pero espérenme aquí, que yo iré á llamar quien la lea, ora sea el cura mesmo, ó el bachiller Sansón Carrasco, que vendrán de muy buena gana por saber nuevas de mi padre.

—No hay para qué se llame á nadie, que yo no sé hilar, pero sé leer, y la leeré, y así se la leyó toda, que por quedar ya referido no se pone aquí; y luego sacó otra de la duquesa, que decía desta manera:

"Amiga Teresa: las buenas partes de la bondad y del ingenio de "vuestro marido Sancho me movieron y obligaron á pedir á mi marido "el duque le diese un gobierno de una ínsula de muchas que tiene. Ten-"go noticia que gobierna como un girifalte, de lo que yo estoy muy "contenta, y el duque mi señor por el consiguiente, por lo que doy "muchas gracias al cielo de no haberme engañado en haberle escogido "por el tal gobierno; porque quiero que sepa la señora Teresa, que con "dificultad se halla un buen gobernador en el mundo, y tal me haga á "mí Dios como Sancho gobierna. Ahí le envío, querida mía, una sar-"ta de corales con extremos de oro: yo me holgara que fuera de per-"las orientales; pero quien te da el hueso no te querría ver muerta: "tiempo vendrá en que nos conozcamos y nos comuniquemos, y Dios "sabe lo que será. Encomiéndeme á Sanchica su hija, y dígala de mi "parte que se apareje, que la tengo de casar altamente cuando menos "lo piense. Dicenme que en ese lugar hay bellotas gordas, envieme has-"ta dos docenas, que las estimaré en mucho por ser de su mano; y esgunos días al cuello, que verdaderamente parece que me alegra el corazón.

—También se alegrarán, dijo el paje, cuando vean el lío que viene en este portamanteo, que es un vestido de paño finísimo, que el gobernador sólo un día llevó á caza, el cual todo lo envía para la señora Sanchica.

—Que me viva él mil años, respondió Sanchica, y el que lo trae ni más ni menos, y aun dos mil si fuere necesidad. Salióse en esto Teresa fuera de la casa con las cartas y con la sarta al cuello, y iba tañendo en las cartas como si fuera en un pandero, y encontrándose acaso con el cura y Sansón Carrasco, comenzó á bailar y á decir:

—A fe, que agora que no hay pariente pobre, gobiernito tenemos; no sino tómese conmigo la más pintada hidalga, que yo la pondré como nueva.

—<br/>¿ Qué es esto, Teresa Panza? ¿ qué locuras son estas, y qué papeles son es<br/>os? 

No es otra la locura, sino que estas son cartas de duquesas y de gobernadores, y estos que traigo al cuello son corales finos, las avemarías y los padrenuestros son de oro de martillo, y yo soy gobernadora.
 De Dios en ayuso no os entendemos, Teresa, ni sabemos lo que os decís.

—Ahí lo podrán ver ellos, respondió Teresa, y dióles las cartas. Leyólas el cura de modo que las oyó Sansón Carrasco; y Sansón y el cura se miraron el uno al otro como admirados de lo que habían leído; y preguntó el bachiller quién había traído aquellas cartas.



críbame largo, avisándome de su salud y de su bienestar, y si hubiere "menester alguna cosa, no tiene que hacer más que boquear, que su "boca será medida: y Dios me la guarde. Deste lugar, su amiga que "bien la quiere

"LA DUQUESA."

—¡Ah! dijo Teresa en oyendo la carta, y qué buena, y qué llana, qué humilde señora: con estas tales señoras me entierren las hidalgas que en este pueblo se usan, que piensan que por ser hidalgas no las ha de tocar el viento, y van á la iglesia con tanta fantasía, como si fuesen las mesmas reinas, que no parece sino que tienen á deshonra el mirar á una labradora; y veis aquí donde esta buena señora con ser duquesa me llama amiga, y me trata como si fuera su igual, que igual la vea yo con el más alto campanario que hay en la Mancha; y en lo que toca á las bellotas, señor mío, yo le enviaré á su señoría un celemín, que por gordas las pueden venir á ver á la mira y á la maravilla; y por ahora, Sanchica, atiende á que se regale este señor; pon en orden este caballo, y saca de la caballeriza huevos, y corta tocino adunia, y démosle de comer como á un príncipe, que las buenas nuevas que nos ha traído, y la buena cara que él tiene lo merece todo, y en tanto saldré yo á dar á mis vecinas las nuevas de nuestro contento, y al padre cura y á maese Nicolás el barbero, que tan amigos son y han sido de tu

—Sí haré, madre, respondió Sanchica; pero mire que me ha de dar la mitad desa sarta, que no tengo yo por tan boba á mi señora la duquesa que se la había de enviar á ella toda.

-Todo es para ti, hija, respondió Teresa; pero déjamela traer al-

Respondió Teresa, que se viniesen con ella á su casa, y verían al mensajero, que era un mancebo como un pino de oro, y que le traía otro presente que valía más de tanto. Quitóle el cura los corales del cuello, y mirólos y remirólos, y certificándose que eran finos, tornó á admirarse de nuevo, y dijo:

—Por el hábito que tengo, que no sé qué me diga ni qué me piense destas cartas y destos presentes: por una parte veo y toco la fineza destos corales, y por otra leo que una duquesa envía á pedir dos docenas de bellotas.

—Aderézame esas medidas, dijo entonces Carrasco: ahora bien, vamos á ver al portador deste pliego, que dél nos informaremos de las dificultades que se nos ofrecen. Hiciéronlo así, y volvióse Teresa con ellos.

Hallaron al paje cribando un poco de cebada para su cabalgadura, y á Sanchica cortando un florrezno para empedrarle con huevos, y dar de comer al paje, cuya presencia y buen adorno contentó mucho á los dos; y después de haberle saludado cortesmente, y él á ellos, le preguntó Sansón les dijese nuevas así de Don Quijote como de Sancho Panza, que puesto que habían leído las cartas de Sancho y de la señora duquesa, todavía estaban confusos y no acababan de atinar qué sería aquello del gobierno de Sancho, y más de una ínsula, siendo todas ó las más que hay en el mar Mediterráneo, de su majestad. A lo que el paje respondió:

—De que el señor Sancho Panza sea gobernador, no hay que dudar de ello; de que sea ínsula ó no la que gobierna, en eso no me entremeto; pero basta que sea un lugar de más de mil vecinos; y en cuanto á lo de las bellotas digo, que mi señora la duquesa es tan llana y tan humilde, que no decía el enviar á pedir bellotas á una la-

bradora, pero que le acontecía enviar á pedir un peine prestado á una vecina suya; porque quiero que sepan vuesas mercedes, que las señoras de Aragón, aunque son tan principales, no son tan puntuosas y levantadas como las señoras castellanas: con más llaneza tratan con las gentes. Estando en la mitad destas pláticas, salió Sanchica con una halda de huevos, y preguntó al paje:

—Dígame, señor, ¿mi señor padre trae por ventura calzas atacadas después que es gobernador?

—No he mirado en ello, respondió el paje, pero sí debe de traer.
—¡Ay Dios mío! replicó Sanchica, y qué será de ver á mi padre con pedorreras: ¿ no es bueno sino que desde que nací tengo deseo de ver á mi padre con calzas atacadas?



—Como con esas cosas le verá vuesa merced si vive, respondió el paje. Por Dios, término lleva de caminar con papahigo con sólos dos meses que le dure el gobierno.

Bien echaron de ver el cura y el bachiller que el paje hablaba socarronamente; pero la fineza de los corales y el vestido de caza que Sancho enviaba lo deshacía todo (que ya Teresa les había mostrado el vestido), y no dejaron de reirse del deseo de Sanchica, y más cuando Teresa dijo:

—Señor cura, eche cata por ahí si hay alguien que vaya á Madrid ó á Toledo, para que me compre un verdugado redondo hecho y derecho, y sea al uso y de los mejores que hubiere; que en verdad, en verdad que tengo de honrar el gobierno de mi marido en cuanto yo pudiere, y aun que si me enojo me tengo de ir á esa corte y echar un coche como todas, que la que tiene marido gobernador muy bien le puede traer y sustentar.

—Y cómo, madre, dijo Sanchica, pluguiese á Dios que fuese antes hoy que mañana, aunque dijesen los que me viesen ir sentada con mi señora madre en aquel coche: "Mirad la tal por cual, hija del harto de ajos, y como va sentada y tendida en el coche como si fuera una papesa." Pero pisen ellos los lodos, y ándeme yo en mi coche levantados los pies del suelo. Mal año y mal mes para cuantos murmuradores hay en el mundo: ándame yo caliente, y ríase la gente. ¿Digo bien madre mía?

-Y cómo que dices bien, hija, respondió Teresa, y todas estas peores que en esta grande historia se ponen, como se verá adelante.

venturas y aun mayores me las tiene profetizadas mi buen Sancho; y verás tú, hija, como no pára hasta hacerme condesa, que todo es comenzar á ser venturosas; y como yo he oído decir muchas veces á tu buen padre (que así como lo es tuyo lo es de los refranes), cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla; cuando te dieren un gobierno, cógele; cuando te dieren un condado agárrale, y cuando te hicieren tus tus con alguna buena dádiva, envásala: no sino dormíos, y no respondáis á las venturas y buenas dichas que están llamando á la puerta de vuestra casa.

—¿ Y qué se me da á mí, añadió Sanchica, que diga el que quisiere cuando me vea ontonada y fantasiosa: vióse el perro en bragas de cerro, y lo demás? Ovendo lo cual el cura, dijo:

—Yo no puedo creer sino que todos los deste linaje de los Panzas nacieron cada uno con un costal de refranes en el cuerpo: ninguno de ellos he visto que no los derrame á todas horas y en todas las pláticas que tienen.

—Así es la verdad, dijo el paje, que el señor gobernador Sancho á cada paso los dice; y aunque muchos no vienen á propósito, todavía dan gusto, y mi señora la duquesa y el duque los celebran mucho.

—¿ Qué, todavía se afirma vuesa merced, señor mío, dijo el bachiller, ser verdad esto del gobierno de Sancho, y de que hay duquesa en el mundo que le envíe presentes y le escriba? porque nosotros, aunque tocamos los presentes, y hemos leído las cartas, no lo creemos, y pensamos que esta es una de las cosas de Don Quijote nuestro compatriota, que todas piensa que son hechas por encantamento; y así estoy por decir que quiero tocar y palpar á vuesa merced por ver si es embajador fantástico, ó hombre de carne y hueso.

—Señores, yo no sé más de mí, respondió el paje, sino que soy embajador verdadero, y que el señor Sancho Panza es gobernador efectivo, y que mis señores duque y duquesa pueden dar y han dado el tal gobierno, y que he oído decir que en él se porta valentísimamente el tal Sancho Panza; si en esto hay encantamento ó no, vuesas mercedes lo disputen allá entre ellos, que yo no sé otra cosa para el juramento que hago, que es, por vida de mis padres, que los tengo vivos, y los amo y los quiero mucho.

—Bien podrá ello ser así, replicó el bachiller, pero "dubitat Augustinus."

—Dude quien dudare, respondió el paje, la verdad es la que he dicho, y es la que ha de andar siempre sobre la mentira, como el aceite sobre el agua; y si no, "operibus credite, et non verbis": véngase alguno de vuesas mercedes conmigo, y verán con los ojos lo que no creen por los oídos.

—Esa ida á mí me toca, dijo Sanchica: lléveme vuesa merced, señor, á las ancas de su rocín, que yo iré de muy buena gana á ver á mi señor padre.

—Las hijas de los gobernadores no han de ir solas por los caminos, sino acompañadas de carrozas y literas y del gran número de sirvientes.

—Por Dios, respondió Sanchica, también me vaya yo sobre una pollina como sobre un coche: hallado lo habéis la melindrosa.

—Calla muchacha, dijo Teresa, que no sabes lo que te dices, y este señor está en lo cierto, que tal el tiempo, tal el tiento: cuando Sancho, Sancha, y cuando gobernador, señora, y no sé si digo algo.

—Más dice la señora Teresa de lo que piensa, dijo el paje, y dénme de comer y despáchenme luego, porque pienso volver esta tarde. A lo que dijo el cura:

—Vuesa merced se vendrá á hacer pemítencia conmigo, que la señora Teresa más tiene voluntad que alhajas para servir á tan buen huésped. Rehusólo el paje, pero en efecto, lo hubo de conceder por su mejora, y el cura le llevó consigo de buena gana, por tener lugar de preguntarle despacio por Don Quijote y sus hazañas. El bachiller se ofreció de escribir las cartas á Teresa de la respuesta; pero ella no quiso que el bachiller se metiese en sus cosas, que le tenía por algo burlón, y así dió un bollo y dos huevos á un monacillo que sabía escribir, el cual le escribió dos cartas, una para su marido, y otra para la duquesa, notadas de sumismo caletre, que no son las peores que en esta grande historia se ponen, como se verá adelante

